

## Fin de una era

MANUEL CASTELLS

LA VANGUARDIA – 11.11.06

La derrota de los republicanos en las elecciones legislativas estadounidenses pone fin al control de la máquina política más poderosa del planeta por parte de una minoría de derecha radical que aprovechó la coyuntura del terror al terrorismo para hacerse con el poder e intentar cambiar el mundo a su imagen y semejanza. Derrota republicana y no victoria demócrata, porque las encuestas demuestran que los ciudadanos han votado *contra* más que *a favor*. Contra la guerra de Iraq, contra la corrupción política y contra la hipocresía de quienes pregonan valores morales y hacen de las suyas en privado. Este múltiple rechazo ha movilizado a varios grupos cuyo cambio de comportamiento político explica el resultado de la elección. En primer lugar, las mujeres, que son las más críticas con la guerra. Los independientes (una cuarta parte del electorado), que han votado en un 60% por los demócratas. Y lo más sorprendente: un 29% de los cristianos evangélicos, la base social militante de la política de derechas articulada por Karl Rove, han votado demócrata y un número considerable se ha abstenido. ¿Por qué? En palabras de uno de sus líderes: "Los evangélicos votamos valores, no partidos". Y ante los escándalos sexuales y de corrupción que han sacudido a los republicanos y a líderes evangélicos cercanos a Bush, han ejercido un voto de castigo. Se han sumado también otros rechazos. En las regiones del Medio Oeste en crisis económica, el voto trabajador ha sido demócrata. Y el voto hispano (que había apoyado a Bush en un 40%) se ha movilizado en contra como consecuencia del clima antiinmigrante que los republicanos están generando. Ahora empiezan a sentirse los efectos políticos de las movilizaciones masivas de los inmigrantes de hace unos meses, aunque faltan todavía muchas naturalizaciones para que su voto se convierta en decisivo.

A estos factores hay que añadir una campaña electoral caracterizada por un nuevo tipo de política mediática. Internet y los teléfonos móviles con capacidad de grabación se han convertido en armas decisivas. Los candidatos han sido vigilados por una legión de activistas políticos, con sus minicámaras de vídeo y

sus móviles. Y cuando surgía algo que revelaba sus bajos instintos, colgaban el vídeo en YouTube, el espacio de internet donde cada uno puede poner el vídeo que quiera, y de ahí, las cadenas de televisión reproducían las imágenes más jugosas. Entre otros impactos políticos, hubo uno decisivo, que afectó al senador republicano de Virginia, George Allen, considerado hasta hace poco uno de los candidatos presidenciales con más posibilidades en el 2008. En el curso de un mitin, se dirigió a un activista demócrata de origen indio llamándole "macaco".

El vídeo de su insulto racista estaba al cabo de unas horas en YouTube y de ahí saltó a todos los medios de comunicación. Nunca se recuperó de ese incidente y una victoria segura se convirtió en derrota ajustada y llevó precisamente a la pérdida del último escaño que necesitaban los republicanos para controlar el Senado. Esta vez se puede establecer una relación directa entre la política mediática por internet y un resultado significativo. Más aún: cientos de bloggers de ambos campos han estado arengando a la ciudadanía con todo tipo de mensajes. Y como es un espacio de comunicación libre, han surgido informaciones y argumentos que difícilmente se encuentran en los medios de comunicación. Las redes móviles y por internet han sido instrumentos clave en la movilización, tanto durante la campaña, como en el día de la elección. Claro que los republicanos también utilizan los mismos medios, pero en la medida en que la mayoría rechazaba a Bush y a su guerra, las redes autónomas de comunicación fueron capaces de amplificar este rechazo mucho más allá de los mensajes publicitarios tradicionales, en particular entre los jóvenes. Y en fin, la política del escándalo y los mensajes negativos, centrados en ataques personales, han sido utilizados masivamente, en una de las campañas más sucias de la historia, porque había mucho en juego.

¿Qué es lo que estaba en juego? Una nueva política fiscal menos favorable para los ricos, el aumento del salario mínimo, una legislación equitativa para la inmigración, el levantar las prohibiciones fundamentalistas a la investigación con células madre, la defensa de los derechos de las mujeres y la posibilidad de controlar los nuevos nombramientos en el sistema judicial, la clave de la restauración conservadora en los últimos años. Y, naturalmente, la guerra de Iraq, el tema dominante de la campaña. Bush ha intentado resituarse

dimitiendo a Rumsfeld, uno de los políticos más impopulares en estos momentos (el otro es Cheney, su patrón), que había sido criticado en la revista de las fuerzas armadas por su incapacidad en la conducción de la guerra. Pero Bush sigue emperrado (literalmente, porque dice que cuenta con el apoyo de su perro) en salir de Iraq sólo tras una victoria. Eso se traduce en que, al igual que piensa el senador McCain, el probable candidato presidencial republicano en el 2008, es necesario enviar cien mil soldados más y limpiar las milicias de todo tipo, dejando asentado un gobierno favorable a Estados Unidos, retirando entonces las tropas a países de la región para intervenir de nuevo en caso del recrudecimiento del conflicto. Y aquí es donde el control demócrata de las dos cámaras del Congreso constituye un obstáculo difícil de salvar para Bush, porque si impone su política de más guerra en contra de la opinión de los demócratas, puede llevar a los conservadores a la catástrofe electoral en el 2008, porque los ciudadanos lo que quieren es retirar las tropas lo antes posible y dejar de pagar por una guerra que no consideran justificada. Por su parte, los demócratas no tienen una idea clara de qué hacer ni están unidos en torno a una estrategia, con Hillary Clinton situándose entre quienes afirman la necesidad de continuar la guerra durante un tiempo, porque aspira a dejar claro que una mujer presidenta puede ser un buen comandante en jefe. Nancy Pelosi, la nueva líder del Congreso (y tercera autoridad del país) es distinta. Yo la conocí personalmente en mis tiempos de Berkeley y es de los pocos políticos que aún tiene principios. Pero tendrá que buscar un compromiso no sólo con Bush, sino en el seno del Partido Demócrata. La tendencia dominante es proceder al redespigie de las tropas, es decir, salir de Iraq y esperar que los iraquíes se pongan de acuerdo y cesen las matanzas, al tiempo que las fuerzas estadounidenses se quedan en la región, no tanto para proteger a Iraq, sino para evitar que se convierta en base de Al Qaeda. Bush no acepta y no aceptará esta política. Y hay que recordar que el nuevo Congreso demócrata sólo se constituye en enero, de modo que van a ser dos meses intensos en Iraq. Además, el presidente tiene el control de las fuerzas armadas, y los demócratas tendrían difícil cortar los fondos a las tropas en pleno combate. Tal vez la consecuencia más importante de esta elección es que lo que parecía una coalición de derecha y extrema derecha invencible se ha desintegrado en el choque con la realidad de una América más democrática de lo que se piensa en Europa y de un mundo

dispuesto a resistir una dominación unilateral. El hecho de que Richard Perle, el verdadero autor intelectual de la invasión de Iraq, declare que no lo entendieron y que todo fue un error, es revelador: las ratas empiezan a abandonar el barco. La ideología conservadora, sobre todo cristiana y nacionalista, sigue teniendo profundas raíces en Estados Unidos, y los demócratas lo tendrán que tener en cuenta si no quieren ser flor de unos meses. Pero lo que está en crisis terminal es la política neoconservadora, la estrategia de puesta en orden del mundo mediante una política unilateral y de acción hegemónica so pretexto de la amenaza terrorista. Tras la caída de Aznar y la inminente jubilación anticipada de Blair, en estos días se prefigura el principio del fin del último superviviente de aquel triángulo de las Azores que tan sólo hace tres años parecía dominar el mundo y ahora se difumina entre las nieblas de una historia que pocos querrán recordar.